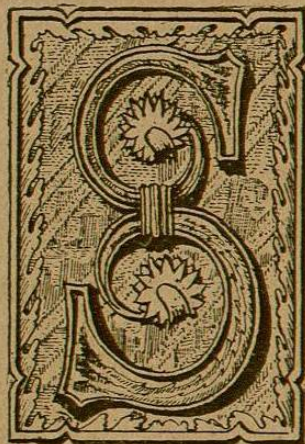


IX

Conclusión.



SUFICIENTES puntos, aunque someramente, creemos haber tocado para señalar los fundamentos principales de nuestras afirmaciones, sobre la condición y progresos obtenidos por los antiguos americanos, dirigiéndonos especialmente en busca de sus orígenes.

Más extensión requiere, sin duda, tan vasto conjunto, por la que podríamos aducir mayor cantidad de datos para apoyo de nuestra tesis, pero con lo dicho parécenos haber tocado aquellos extremos más culminantes, que, en primer término, saltan á la consideración de quien pretende descubrir en algo el misterio del pasado de aquel mundo.

Desconfiados, á pesar de nuestra fe, en algunas cuestiones, presentamos muchas de ellas como tesis que sometemos á la prueba del tiempo y de la mayor adquisición de datos, como

ensayo para más firmes deducciones, y como croquis del gran cuadro que ofrece la humanidad americana precolombina, variado en sus aspectos y no exento de interés; y aunque no aparezcan del todo dilucidadas ciertas cuestiones, no debemos desesperar de conseguir el completo esclarecimiento, gracias á los datos que vamos adquiriendo, á medida que se profundiza en las entrañas de aquella tierra y nos devuelve las reliquias del pasado para la completa reconstitución de su historia.

Creemos, por nuestra parte, haber hecho algo de utilidad práctica al metodizar y relacionar, en lo posible, materiales tan dispersos, ideas vertidas en diseminados estudios, que si bien profundos y clarividentes en muchas de sus deducciones, requieren, sin embargo, un enlace que los haga compatibles entre sí, y los conduzca á la unidad científica que de todos debe resultar establecida.

Los estudios monográficos americanos presentan, en general (como acontece siempre en cuantos se hacen aisladamente sobre particulares extremos), la propensión natural al objeto de defender como propio de la comarca y de sus gentes, todo cuanto han producido y todo cuanto progreso han alcanzado: el autotonomismo regional prevalece en la mayoría de los autores; pero este modo de ver no responde á las exigencias de la ciencia, cuando abarcando más amplios horizontes, trata de establecer enlaces y deducir generalizaciones compendiosas.

Por esto quedaríamos en algo satisfechos al haber logrado establecer la división más esencial, en lo posible, entre las razas pobladoras de aquel mundo, así como la sucesión de sus emigraciones y movimientos; y que rastreando á la par los orígenes de todo aquello que constituye la mayor civilización en algunos de ellos, hayamos venido á hallarlo por tan diversos caminos en el extremo asiático, punto al cual hay que volver la vista y estudiarlo detenidamente, si ha de comprenderse el verdadero origen de la cultura americana.

Esta tendencia á relacionar lo americano con lo asiático, constantemente seguida en los anteriores capítulos, creemos que ha de ser aceptada por cuantos desapasionadamente, y

con la serena actitud del historiador, se propongan llegar á la cabal explicación de tantos hechos: sin el conocimiento de lo que ocurre en el Asia, en lejanos tiempos, no es posible darse cuenta del pasado de la América.

No ha sido factible esto antes, ni el camino estaba abierto á la ciencia; grande era la escasez de documentos americanos, así como muy vagas las nociones que sobre la historia asiática teníamos, adulteradas además por las mayores fantasías, que los hechos, y sobre todo la relación entre ellos, va logrando disipar, para mayor ventaja de la ciencia.

La pretendida remotísima antigüedad de la civilización India y China; el desconocimiento de los pueblos, emigraciones, conquistas y compenetraciones que en tan apartado extremo se han sucedido, era un misterio que, como otros muchos, va cediendo á la curiosa indagación de nuestro siglo.

Creemos, por lo tanto, ser de todo punto indispensable el conocimiento del extremo Oriente asiático, para la explicación y deducción más cercana á la verdad de todo lo acontecido en el Nuevo Mundo; desechadas en absoluto las influencias y orígenes europeos en los tiempos puramente históricos, porque nunca pasaron de las colonias del Norte, de la Groelandia y Terranova, es tan lógico, sencillo y natural, y se enlaza de tal modo la civilización y hasta la etnografía americana con la asiática, según hemos visto, que hay que rendirse á la evidencia y aceptar aquello que nos da la mayor luz para la solución del problema.

Mucho va cambiando el concepto que sobre la historia del Oriente asiático venía admitiéndose; no podía ocurrir por menos cuando sobre tan débiles bases, como las relaciones de curiosos viajeros, se había levantado un edificio completamente imaginario, y mucho habrá que mudar y renovar respecto al pasado de tales pueblos, teniendo en cuenta el escaso tiempo que aún hemos dedicado á su estudio y lo que ha de descubrirse en tan inexplorado campo.

Los trabajos de los autores que hemos citado, y los que con gran afán se verifican por los exploradores europeos, han venido á descorrer el tupido velo que, como en otras regiones,

ocultaba á nuestros ojos su pasado, al igual que desde el principio del siglo venimos consiguiendo en todos los confines del mundo y de su historia.

Pasado el periodo de la fantasía y del entusiasmo, entramos ya en el de la reflexión y el análisis, y sólo por éste podremos esperar algún día la dilucidación completa de todo lo precolombino.

Quizá vean los partidarios de la originalidad del arte americano un rudo ataque á ésta, al considerar toda la civilización de aquellos pueblos con tan escasa espontaneidad: pues careciendo del espíritu impulsivo del progreso, preséntanse aquellos hombres tan poco dispuestos para él, que en vez de evolucionar en tal sentido, van cayendo en la descomposición de todas sus virtuales nociones, y cediendo al cabo hasta reducirse á la barbarie de las gentes primitivas; pero este es un hecho histórico, cuya repetición es tan frecuente, que parece obedecer á una ley fatal, sólo contrarrestable por la aparición del genio, que levanta é impulsa en todos sentidos á los pueblos jóvenes, si han de llenar brillante página en la historia; impulso que, si parece privilegio especialmente concedido á las razas europeas, se ve luchando siempre con grandes inercias en las asiáticas, y sólo obrando como de reflejo en las americanas.

Las razas aborígenes del Nuevo Mundo no se distinguieron nunca por su espíritu inventivo ni de progreso, y á no haber ocurrido la invasión nahua-quichua, no hubieran avanzado, sin duda, de las industrias de los *mounds-wilders*, último alcance de los más activos.

Esto pudiera llevarnos á la afirmación de que el progreso, más que evolutivo y de herencia, es cuestión etnográfica, cuyos fundamentos se hallan en la disposición especial de las razas, poseedora cada una de limitada fuerza de adelanto, con nivel irrebalsable, siendo necesaria la presencia y hasta el dominio de otra superior, para añadir algo con que llegar á mayor altura.

El sistema de la evolución absoluta podrá encontrar aquí un obstáculo insuperable, pero sin duda el estudio de la Amé-

rica antigua nos proporciona por esto motivos del mayor interés, al aportar datos aplicables á muchas de las cuestiones etnográficas y sociológicas que hoy preocupan á los espíritus estudiosos.

Respecto á las pretendidas edades de la piedra y del metal, nadie ha puesto más firmes diques á la desbordada fantasía de los sabios europeos, ni les ha proporcionado demostraciones más palpables de su verdadero concepto; y en cuanto á las cuestiones que ciertas escuelas alientan sobre la organización de la familia y la constitución de la propiedad, en la antigua América vemos ejemplos palpables por característicos hechos, propios de cada raza, de la razón que asiste á la nuestra en defensa de ciertos principios salvadores de la propiedad y el orden social. Y he aquí uno de los más interesantes puntos de estudio y observación, en aquel mundo tanto tiempo desconocido.

Parece como si la Providencia previsora hubiera permitido que en estos extremos de la tierra, por la misma inercia de sus gentes y poco estímulo al aguijón del progreso, se guardasen los más puros ejemplares para nuestra posterior observación y estudio. Y esto en los más profundos conceptos y en los más fundamentales principios.

Creemos también haber indicado lo suficiente el camino para resolver las cuestiones de la génesis religiosa en muchos mitos, conceptos y prácticas sagradas de aquellas gentes. El deseo de relacionarlas y como derivarlas directamente del cristianismo accidental, ha sido tan general, que aun hoy preocupa y sugiere á muchos autores teorías y explicaciones de las salientes analogías que saltan á su vista: en los días próximos al descubrimiento nuestros piadosos frailes achacáronlas, con la mayor buena fe, á las artes del diablo, preocupándoles de tal modo que hay obras extensas, encaminadas sólo á restituir el verdadero sentido de aquellas creencias y emblemas: hoy se quiere explicar por una verdadera predicación evangélica en lejanos tiempos, al verse establecida en el extremo Norte oriental, en la Groelandia y Terranova, una verdadera diócesis, sobre la que abundan los más auténticos documentos.

Pero la evangelización de aquellos gentiles nunca atravesó las extensas llanuras de los Estados Unidos, tan pobladas de tribus fieras y movedizas, ni mucho menos penetró, franqueando inaccesibles cordilleras, en el Anahuac, llegando hasta el continente Sur: las doctrinas y prácticas en algo parecidas al cristianismo arribaron allí por muy distintos caminos, y si los autores que á este especial punto muestran su predilección se dirigieran al Asia, aún se verían mayormente sorprendidos al contemplar cuánto alcance tuvo entre las creencias de aquellos pueblos el eco más ó menos adulterado de las doctrinas cristianas, y cuántos de los sorprendentes casos de la América, no son sino últimas ondulaciones del movimiento religioso asiático.

El estudio histórico-geográfico de las religiones es uno de los que más están requiriendo la atención de los sabios, y en el que ancho campo, aún inexplorado, espera á la curiosidad de la ciencia y á la rectificación de tantas ideas de pura fantasía, como sobre tan oscuro punto son hoy generalmente admitidas. Quizá á la historia religiosa de la América debemos en su día eminentes servicios para ello. Por lo pronto hemos procurado señalar aquellas culminantes semejanzas entre los principales cultos asiáticos y los americanos, esbozando una clasificación, tan sólo provisional, y trazando algo su génesis al ocuparnos de la arquitectura de sus templos.

Dignos de la mayor alabanza y consignación son los relevantes servicios de aquellos pacientes y aplicadísimos notadores de las lenguas indígenas americanas, que con sus numerosísimos trabajos nos dejaron su monumental y abundantísima bibliografía filológica; gracias á tan beneméritos autores podemos conocer el pasado lingüístico de aquellos hombres: breve es el capítulo que á tan ardua cuestión dedicamos, pero debemos declarar que quizá á él hayamos concedido las más largas meditaciones; porque clasificar y formar el cuadro general de tan numerosas lenguas y dialectos, es tan difícil, que desconfiamos mucho de nuestra labor en tan abstruso punto: sirva, pues, el trazado tan sólo de

esbozo, como en tantas otras cuestiones pretendemos presentar nuestra obra.

Idénticas conclusiones nos proporciona el estudio de su literatura, de sus artes é industrias, que las que venimos deduciendo por los anteriores puntos de vista: la unidad del plan se completa por estas ramas de la actividad de aquellos hombres, que nos presentan, al producir sus poemas, sus monumentos y los enseres para su vida ordinaria, el propio nivel y la altura consiguiente á sus antecedentes históricos y etnográficos; notamos por ello más evolución que progreso, pero ayúdanos mucho, por los caracteres de estilo, á la división y clasificación de sus productores, en los que imprimieron el sello indeleble de su raza y de sus ideales.

Las grandes divisiones de pueblos aborígenes (ó mejor dicho predecesores) y pueblos invasores ó desalojadores de los primitivos, resulta tan justificada y clara al estudiar sus artes é industrias, cuanto las subdivisiones entre ellos, tan palpables que pudieran dar lugar á cerrados grupos, mirándolos como distintas y aisladas corrientes, que nunca llegan á juntar sus aguas. Las ramas nahuas y quichuas quedan tan diferenciadas y determinadas por este estudio, que tenemos la esperanza de que su limitación ha de esclarecerse cada vez más, siguiendo esta guía para quedar completamente definidas.

Hay que reconocerles además á las artes americanas la virtud de haber sido las primeras que sugirieron la idea de buscar en otro sitio el origen de su desarrollado estado: á ellas seguimos, debiendo las mayores confirmaciones del germen asiático de toda aquella cultura, ejerciendo tales monumentos respecto á aquel país, en el esclarecimiento de la verdad de su pasado, el propio ministerio que en los demás pueblos, de cuyas ruinas ha revivido á nuestros ojos toda la civilización é historia de sus constructores.

Lo propio que las más primitivas tribus nos proporcionan el verdadero concepto de las llamadas edades de la piedra, en sus variedades paleolítica y neolítica, así las más civilizadas poseedoras de los secretos de la metalurgia, nos dan la solución del proceso arquitectónico, no como una evolución del

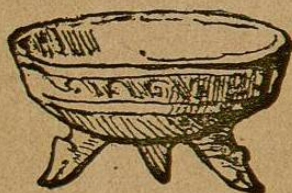
mound ó del dolmen, sino como una importación de las fórmulas de otras escuelas, sin las cuales el paso á la verdadera arquitectura es imposible, demostrándonos así, que si el proceso evolutivo es cierto en una raza, no tiene tanta evidencia ante la solidaridad de unas con otras, adquiriendo por esto las variedades humanas tanta separación é individualidad á veces, como si fueran cerradas especies. No es esto defender la pluralidad de las razas humanas atacando á su unidad, si no hacer patente cuánto valor, establecida ya la diferencia, ofrecen los caracteres individuales y la distinta limitación de su poder intelectual.

Háse querido establecer una división fundamental entre el arte nahua y el maya; pero después de lo expuesto en su lugar correspondiente, creemos que no hay motivos fundados para esta división: comenzando por reconocer al apelativo maya un origen más geográfico que etnográfico, y notar la impropiedad de llamar mayas á los monumentos de Palenque y demás centros quiches, no cabe establecer más división fundamental en las artes americanas, por nuestra manera de considerar el asunto, que la consignada de quichua, peruana ó andina, y nahua ó de la región de las lagunas, con sus variedades Toltteca, Acolhua, Mixteca, Quiché ó Maya, según la época ó región en que florece; y de dar cierta preeminencia á alguna, toca ésta, entre ellas con mayores títulos, á los restos acolhuas, tan importantes como los del sitio real de Nezahualcoyotl y á las ruinas quichés de Palenque y Tical, donde la arquitectura y la escultura ofrece lo que pudiéramos llamar su mayor aticismo, en la América antigua: el llamado generalmente arte nahua se reduce así al azteca, que como hemos visto, ofrece todos los caracteres de una ruda imitación de los antiguos estilos en aquellas comarcas florecientes: el arte de la región maya, podemos considerarlo también como una derivación barroca del de Palenque.

Tal ha sido nuestro criterio al tratar tan interesantes cuestiones. Sin prejuicio alguno, nos hemos atendido en absoluto á los resultados que han arrojado de sí los datos adquiridos; ésta creemos sea la verdadera misión del que de cosas pasadas

trata, sin adelantar deducciones, tan prematuras é injustificadas en muchos casos, cuanto difíciles de borrar de la general creencia, cuando por motivos, á veces inexplicables, entran á engrosar el curso de la corriente científica aceptada.

Dos conclusiones principales estamos, pues, dispuestos á defender; la presencia de cuatro razas principales de gentes pobladoras del Nuevo Mundo, en su época precolombina: primitivas castas inferiores; numerosísima población aborigen, la más genuina americana; invasión proto-asiática, portadora de la superior civilización, y esquimal moderna, correspondiente al grupo boreal, y, por último, como conclusión relativa á la cultura americana precolombina (realizada por la tercera de estas razas), que toda ella es un reflejo, una prolongación y derivación, de la alcanzada por las gentes asiáticas cuando su gran movimiento por el extremo oriental del Antiguo Mundo.



Adiciones y notas.